

## Identidad del Yo

Paul Henry Mussen y otros\*

Tiene importancia capital en la tarea de convertirse en adulto el desarrollo de un sentido de la propia identidad, de qué es lo que define al individuo como persona. Esta concepción de sí mismo no tiene por qué ser positiva en su totalidad; como ha señalado Erikson, puede contener también elementos negativos. Pero *hay un algo*, un marco de referencia dentro del cual el individuo puede contemplar con alguna perspectiva la influencia y los acontecimientos variados, a menudo aparentemente accidentales de un mundo rápidamente cambiante, frecuentemente caótico. Si carece de algún sentido de su propia identidad, de quién es él y hacia dónde se encamina, el adolescente se encontrará en posición extremadamente desfavorable cuando trate de hacer frente a las demandas que, como vimos en el capítulo anterior, se les hacen a los adolescentes: independencia; integración de su recientemente descubierta madurez sexual; establecimiento de relaciones con sentido y sin fricciones con semejantes de cualquiera de los dos sexos, y toma de decisiones por lo que respecta a su trabajo y a su vida en general.

El problema de la identidad del yo no puede separarse del de los valores. Vivimos en un mundo y en un período histórico caracterizados por el cambio rápido. Es especialmente cierto en los Estados Unidos, dadas sus aceleradas transformaciones tecnológicas y su población que se halla en continuo desplazamiento, social y geográficamente. Como ha dicho Erikson, "este es el país de los cambios. Está obsesionado por el cambio". Para que el individuo pueda mantener alguna estabilidad en la concepción que de sí mismo tiene y en sus guías internas para la acción, en un mundo cambiante, tiene que poseer alguna fidelidad a determinados valores fundamentales. Tal vez tenga que encontrar nuevas maneras de realizar esos valores para ajustarse a las circunstancias cambiantes. Pero si tiene valores, y éstos son sólidos, podrá mostrar flexibilidad para adaptarse al cambio, a la vez que

permanecerá constante en la concepción de sí mismo y fiel a sus valores fundamentales. Para decirlo con palabras de Erikson: "Diría yo ... que casi tendremos un instinto de fidelidad, por lo cual entiendo que cuando se llega a una determinada edad se puede y se debe aprender a ser fiel a alguna concepción ideológica". En términos psiquiátricos, sin el desarrollo de una capacidad para la fidelidad, el individuo tendrá lo que llamamos un yo débil, o bien buscará a un grupo anómalo al cual ser fiel.

En este último capítulo examinaremos algunos de los antecedentes y correlatos de la identidad del yo y luego pasaremos a considerar el problema de los valores. Examinaremos primero los valores prevalentes del término medio de los adolescentes. Después, consideraremos los problemas especiales a que se enfrentan los hombres que de una o de otra manera se han apartado de los valores predominantes en la sociedad norteamericana contemporánea.

### Identidad del yo

El adolescente o el adulto que posee un sentido vigoroso de identidad del yo se considera a sí mismo como individuo distintivo por derecho propio. Por cierto, la palabra misma de "individuo", entendida como sinónimo de "persona", implica una necesidad universal de concebir al propio yo como algo separado de los demás, por más que se comparta con otros motivos, valores e intereses. Está estrechamente relacionado con esto la necesidad de autoconsistencia, de cierta clase de "integridad". Cuando hablamos de la *integridad del yo*, pensamos a la vez en una separación respecto a los demás y en una unidad del yo; en una integración acertada de las necesidades, motivos y normas de respuesta de uno mismo. Para tener un sentido claro de la propia identidad, el adolescente o el adulto necesitan de la percepción de la propia consistencia, no sólo en un determinado momento, sino durante todo el tiempo. Tiene que

\* Tomado de: Mussen, Paul Henry y otros. *Desarrollo de la Personalidad en el niño*. Ed. Trillas, México, 1974, pp 767-770.

percibir a la persona que es hoy como si fuese, si no la misma que era ayer, sí por lo menos algo muy semejante y consistentemente vinculado con la persona que era ayer. Todas las influencias del desarrollo que contribuyen a realizar seguras percepciones de uno mismo como algo distinto y separado de los demás, como algo razonablemente consistente e integrado en la definición de uno mismo, y como algo que posee la continuidad del yo durante todo el tiempo, contribuye también al sentido general de la propia identidad. Por lo mismo, las influencias que estorban estas percepciones de uno mismo fomentan también la difusión del yo.

El personaje Peer Gynt, de Ibsen, es esencialmente el hombre en busca de su identidad. En su encuentro con el "Hombre Cebolla", Peer se siente amenazado porque pensaba que él mismo, como una cebolla, era simplemente una serie de capas, de papeles transitorios y cambiantes. Cuando todas las capas se pelaban, se preguntaba Peer: "¿quedaría algún meollo, alguna identidad verdadera?" Muchos adolescentes tienen sentimientos semejantes. No sólo se encuentran a sí mismos desempeñando papeles que cambian según las diferentes situaciones, o en momento, y les preocupa averiguar "¿cuál de todos es el verdadero yo?", sino que también, con toda deliberación, ensayan diferentes papeles con la esperanza de encontrar el que case mejor con ellos. Una muchacha adolescente tenía tres clases diferentes de escritura. Cuando se le preguntó por qué no tenía simplemente un estilo consistente de escritura, replicó: "¿cómo podré escribir de una sola manera si todavía no sé quién soy?"

El problema de la identidad del yo se agudiza en la adolescencia por toda una variedad de razones. El cambio se efectúa ya durante los años de la niñez intermedia. Pero, en su mayor parte, es gradual y regular, sin cambios violentos de un día para el otro, o de mes en mes. "Pero durante la pubertad y la adolescencia todas las permanencias y continuidades en las que antes se había confiado se ponen más o menos en tela de juicio nuevamente, por razón de una rapidez del crecimiento corporal que es igual a la de la primera infancia y por razón del añadido de la madurez genital". Como señala Erikson, al adolescente rápidamente cambiante, que se enfrenta a esta revolución fisiológica en sí mismo y a las variadas demandas intelectuales, sociales y vocacionales de la edad adulta a la cual se está acercando, le preocupa la opinión que otros tienen de él, por comparación con lo que siente que es realmente, y, además, afronta el problema de cómo conectar los papeles y destrezas

cultivadas anteriormente con las demandas del mañana. "En su búsqueda de un nuevo sentido de la continuidad y de la permanencia, los adolescentes tienen que volver a pelear muchas de las batallas de años anteriores, aun cuando para hacerlo tienen que asignar artificialmente a personas bien intencionadas el papel de adversario; y están perpetuamente dispuestos a instaurar a ídolos e ideales duraderos como guardianes de una identidad final".

La facilidad con que el adolescente establezca un claro sentido de identidad del yo dependerá de muchos factores: las clases de relaciones padres-hijo que haya tenido y las identificaciones previas que haya desarrollado; de su capacidad de integrar estas identificaciones con su recién descubierta madurez sexual; de las aptitudes y destrezas que haya ido desarrollando a partir de su capacidad y de su experiencia; o de las oportunidades que se le ofrezcan en lo que respecta al desempeño de un papel social. El establecimiento de una sólida identidad del yo quedará facilitado si, 1), existe una relación suficientemente recompensadora, interactiva entre los padres y el hijo de manera que sea posible una identificación positiva con el padre (por ejemplo, una relación afectuosa, llena de cuidados y atenciones entre el padre y el hijo); y también si, 2), el padre del mismo sexo sirve de modelo adecuado para una conveniente conducta propia del sexo del individuo. Tal adolescente, o tal adulto joven, probablemente tendrá una percepción favorable y claramente definida de sí mismo, y también será menos probable que experimente conflictos entre la idea que de sí mismo se forme y, a la vez, las demandas internas de la inminente madurez sexual y las demandas externas de la sociedad que le pide una conducta propia de su sexo. Confirma este razonamiento el descubrimiento de que, en toda una variedad de situaciones interpersonales, los muchachos adolescentes que tienen padres más atentos y cuidadosos se conciben a sí mismos como más consistentes que los hijos de los padres que no son tan cuidadosos. Piensan que responden de manera semejante, es decir, consistente, a los padres, a los amigos, a los patronos, a los simples conocidos, a los hijos y a los miembros del sexo opuesto. Así, por ejemplo, si opinan de sí mismos que son estirados o desenvueltos, afectuosos o indiferentes, independientes o dependientes, en una clase de relación, tienden a considerar que responden de manera semejante en la demás relaciones. Además, una mayor prestación de cuidados y atenciones por parte de padres más masculinos está relacionada con una mayor consistencia del yo, pero la prestación de mayores

cuidados y atenciones por parte de padres más femeninos está ligada a una menor consistencia del yo.

Además, se ha descubierto que el sentido de la propia identidad del adolescente varón suele ser más fuerte cuando el padre es la figura dominante; cuando ambos padres son semejantes en su conducta respecto al adolescente, y cuando la madre aprueba la identificación del muchacho con el padre mientras procura evitar entrometerse y hacerle exigencias al muchacho.

Entre las muchachas adolescentes de edad avanzada, las que obtienen elevadas puntuaciones en materia de identificación con sus madres tienden a opinar de sí mismas que son "tranquilas", "razonables",

"reservadas", "dueñas de sí mismas", "confiadas" y "prudentes". En cambio, las que obtuvieron una puntuación baja en lo relativo a la identificación con la madre tendieron a considerarse a sí mismas como "veleidosas", "impulsivas", "rebeldes", "inquietas", "teatrales", "quisquillosas" y "carentes de tacto". Para decirlo con las palabras de Erikson, las primeras de estas descripciones de la propia persona parecen estar relacionadas más estrechamente con una *identidad del yo* que va emergiendo, mientras que las segundas parecen estar más relacionadas con una *difusión del yo*. En este mismo estudio de muchachas adolescentes se descubrió que las muchachas que decían parecerse más a sus madres (es decir, que se identificaban con sus madres) concebían a su yo reales "e ideales" como más semejantes y consistentes que las muchachas que pensaban que se parecían menos a sus madres.